

En todo caso, hay en esta novela de Juan Marín, una gran fuerza descriptiva y una emoción auténtica. El capitán Schwarz, es un tipo que merece figurar en una de las grandes novelas del mar, y los momentos en que los tripulantes enloquecidos por el hambre tratan de comerse al negro Saavedra, son de una intensidad dramática inolvidable.—LUIS DURAND.

■ <https://doi.org/10.29393/At168-138LDCR10138>

CALLE RICANTÉN. Cuentos por *Armando Rojas Castro*.—Ediciones Diana. Santiago

Para los santiaguinos, el título de este libro es de una elocuencia decisiva y prometedor, porque la calle Ricantén y algunas otras próximas a ella, forman el barrió donde se compra y se vende el amor, ese amor que no deja huellas en el espíritu, pero en el cual sin embargo suele asomar, así como revienta una flor en medio de la maleza, la delicada fibra de una ilusión, primeros botes románticos de la juventud experta o inexperta. Además hay en ese medio; dramas terribles, y espantosas tragedias, frutos del vicio y de las pasiones desatadas, que tienen para el novelista de pupila certera un alto interés humano, y encierran lecciones de vida y experiencia, que no desdeñó descubrir la pluma de Maupassant, Daudet, Zola y muchos otros grandes escritores.

Pero no es este el aspecto que le interesa y trata el autor de este libro de cuentos, al cual ha dado el título del primero de los que contiene el volumen. Cuenta en él, la historia de Eliana, hermosa joven provinciana que huye del hogar paterno tras el seductor que luego la abandona en Santiago, dejándola entregada a su propia suerte, amarga suerte que la lleva primero a la casa de citas y luego al lenocinio de la calle Ricantén. Es decir la eterna historia que cuentan todas las cortesanas en momentos de intimidad y confianza. Sólo que el señor Rojas Cas-

tro le ha dado cierta novedad o interés agregándole el episodio del hermano de Eliana, que viene a estudiar a Santiago, y cuyos medios de subsistencia paga ésta, sin que él lo sepa.

Y es a esta altura, cuando el relato carece de fuerza de convicción y de verdadera proporción entre la realidad que vive el muchacho, y la simulación que vive su hermana. Verdad es que el chiquillo es un sentimental que vive aferrado a sus estudios y a sus sueños de bienestar futuro cuando sea un profesional, pero no es menos cierto que el sentimental tiene antenas sutiles para vislumbrar mejor aquellas cosas, que el materialista, interesado sólo en pasarlo bien, se le escapan. A lo largo del mismo relato, el autor se encarga de poner al hermano, frente a hechos y acontecimientos que son verdaderas revelaciones de la forma como Eliana gana el dinero sin que éste, fuera de una vaga sospecha, se percate de ello. Es necesario que un estudiante, un bruto, compañero de él, le lance a la cara el insulto. Un buen amigo castiga la grosería de aquel badulaque, y sólo entonces viene a producirse el drama interior, el dolor de la humillación, la vergüenza de ser algo a costa de ese dinero ganado en el pecado. Empero esto no es óbice para que lo siga recibiendo, pues carece de otros medios para seguir su carrera de médico, hasta que al fin logra alcanzar el codiciado título. Es entonces cuando, después de mucho tiempo corrido, Carlos el hermano de Eliana, le cuenta a su amigo Luis la amarga historia.

La intensidad dramática de dos almas heridas por tan penosas y duras circunstancias se quedan ajenas a la curiosidad del lector. Nada conocemos de lo que es Eliana, en su vida interior. Es de buena índole porque ayuda a su hermano y a su familia, pero, ¿hay algo más en ella que una vulgar ramera? ¿Es una heroína que da su vida abnegadamente, en bien de los suyos? No lo sabemos. Es un alma que no entrega el secreto de sus emociones, de sus angustias y padecimientos. El autor al trazar esta silueta de mujer olvidó este aspecto, que es de importancia fundamental. Y es por eso que el lector, no sabe si

admirar su generosidad, como el único de sus atributos espirituales, o acompañarla en su tragedia íntima. El señor Rojas Castro además, le puso Calle Ricantén a su libro, y nada nos dice de ella. A través de las páginas de su novela corta no hemos logrado ni siquiera divisarla.—L. D.